
Anales del Ateneo de Panamá

Año 2

Panamá, Abril de 1909.

No. 4

Ecos de la Velada

*solemne que celebró en el Teatro Nacional el
"Ateneo de Panamá" el viernes 27 de No-
viembre de 1908, á las 8.30 p. m.*

Comenzamos estas líneas cuatro meses después de verificada la velada de fin de año del Ateneo. Carecemos—decimos con ingenuidad—de palabras para escribir algo que perdure; ni podemos tampoco escribir una reseña literaria de aquella fiesta intelectual, vil pretensión que antes requeriría estudios que voluntad para la empresa.

Es el Ateneo en esta sociedad en que la política abre tan hondos y tan lamentables surcos, un lugar de cita para los "buenos espíritus"; paraje en donde se congregan las almas para desdeñar—siquiera en una hora de recogimiento—el vulgar industrialismo de la vida. De ahí que todo cuanto piensa, todo cuanto siente, y todo cuanto vale entre nosotros, se apresurara á ocupar un puesto en el Teatro Nacional, antes de que comenzara la espléndida velada del veintisiete de Noviembre último.

Es preciso dividir en dos secciones el nutrido programa; la del Ateneo propiamente dicha y aquella interesante y delicada en que la mujer—luz y sombra del espíritu—realzó con sus encantos y su donaire esa manifestación potencial de la mente panameña,

Y fue con corte clásico, con pulcritud de dicción y persistente espontaneidad de imágenes, como el Doctor Ramón M. Valdés, Presidente del Ateneo—hizo una relación de la labor del Centro durante su primer año de vida, de los propósitos que buscaba y del ideal que perseguía. El ilustrado Presidente es—digámoslo

con tristeza— un *retirado* de nuestras milicias literarias, que contesta—sin embargo—de tarde en tarde á la voz del centinela. En el núcleo intelectual de esta tierra, pertenece á la generación que— apenas en la segunda juventud— se aleja ya. Las plumas que escribieron *Cuentos del río Lucas* y *Horas lejanas*, hoy—por desdicha para las letras patrias—debilitadas por el bregar rudo de la lucha impía, fueron sus compañeras de juventud y de ensueños. Pero de aquella generación Valdés queda aún en pie; y da lástima—tal pensamos—que un escritor tan pulcro y delicado, con una vida quizá más reflexiva que agitada, sienta ya la mano con fatigas.

Fieles al propósito que indicamos al principio, continuaremos cruzando el programa de número á número de los ateneístas—guijarros de arroyo—y dejaremos que entre ellos quede, por un instante, el bello sexo—corriente rumorosa y cristalina.

De fisonomía desconocida para muchos y de nombre familiar acaso, apareció en el escenario el Presidente del Ateneo de la vecina República de Costa Rica. Justo A. Facio, el poeta que conquista ritmos, que ha escrito tantas estrofas de melancolía diluida, el correcto artista del *Año lírico*—ramillete de sonetos—recitó su canto *A Panamá*. Y si bien es verdad que—en nuestro humilde sentir—al poeta le faltó voz, le faltó acción y cierto acento frásico que debe marcar también la expresión del espíritu, no por eso deja de ser una composición bellísima, espontánea y sutil y armoniosa y tierna, que habría podido ostentar lucidamente la firma del inmortal autor de *La canción de mi pueblo*.

Justo A. Facio es un distinguido compatriota nuestro que soñó y amó en aquel país hospitalario y hermano. En la tierra de Brenes, Chavarría y Alfaro le han oprimido constantemente brazos y corazones y hoy vuelve á la Patria á dejarle los laureles conquistados en la ajena heredad.

Sigamos. Debemos decir algo de la disertación del Doctor Aurelio A. Dutari, sobre “Las grandes etapas de la música anteriores á los siglos XII y XIII.”

Y conste que hemos dicho *algo*, intencionalmente. Somos profanos en todo y en música mucho más. La música nos arroba, nos seduce, nos embriaga; pero no la conocemos: la escuchamos y la sentimos.

Si tuviésemos á la vista el estudio que ahora nos ocupa, no confiaríamos á nuestra memoria—siempre débil—los puntos tratados—á vista de pájaro—por el escritor. Casi desde los tiempos paradisiacos—con Jubal—comenzó el estudio y luego continuó con la música de viento—ó *de soplo*,—que diría el autor—con los instrumentos sinfónicos, con la música sagrada, &, &, &

Para nosotros es un logogrifo, ó diremos mejor, esterilidad intuitiva, escribir sobre música; y es cosa que nos mortifica—con mortificación de impotencia—oir siquiera las voces de *allegro molto vivace*, ó un *larghetto*, ó el *si* como *ossinato*, del segundo violín. Admiramos en Dutari su temperamento: médico con diploma y—sin-

embargo—prefirió en el Ateneo ser conocedor del arte á investigador en la ciencia. Mas ello tiene su explicación; Dutari - pequeña enciclopedia—ha viajado mucho, habla inglés, francés, italiano y nos trata con frecuencia, en los escaños del Parque de la Catedral, de las treinta y dos sonatas de Beethoven, del *Miserere* de Mozart, del francés Debussy, del alemán Brahms y hasta de Glasunoff y Tschaikowsky.

Los *virtuosos* podrán juzgar con mejor criterio la labor de Dutari; en concepto nuestro, es altamente meritoria, de mucho estudio y de mucha contracción.



HECTOR CONTE B.

SECRETARIO DE CORRESPONDENCIA DEL ATENEO DE PANAMA

Un joven ateneísta de fisonomía simpática y melancólica—José Guillermo Batalla—se presentó por primera vez ante un público numeroso y selecto. Voz pausada, lánguida á veces, fuerte en otras, llevaba al recitar la poesía *Gratitud*, de que era autor. Batalla fue frenéticamente aplaudido. Y por qué? Amó con el corazón á una mujer que no supo comprenderle, para ir luego á danzar en las orgías del mundo, y su arpa—doliente y acerba—vibró al sen

tir inútiles ansias y la propia voluntad postrada. Narración real de episodios en busca de la felicidad— siempre fugitiva—que todos—, ya de un modo, ya de otro, hemos soportado, tenía necesariamente que golpear las dolencias adormidas de las almas, para que ellas saludaran con cariño á la hermana en el sufrir. Aunque desacertemos—decimos entre paréntesis—Batalla tuvo esa noche éxito completo y puso una base sólida á su creciente reputación de poeta. Alma soñadora y sutil, va dejando en sus estrofas sensaciones del espíritu, sea de la ruda lucha cuando canta “*Al Trabajo*”, sea de sus ternezas y dolencias cuando se entrega al corazón. A él podría también aplicársele estos conceptos que un distinguido escritor dijo de un joven poeta—de alto valor intelectual y rítmico— el autor de *Irma*: “es un espíritu que sabe florecerse de rosas blancas, suaves, casi eucarísticas, si pasa por allí el amor; de rosas galantes, de rosas de seda, de rosas que dan perfume aristocrático, si pisa en sus caminos la zapatilla elegante de una mujer; y si la vida asoma por allí con sus lacerias y sus torturas y sus cardos, entonces el espíritu tiene también, para deshojar, una rosa de angustia que suelta sus pétalos uno á uno y lentos como lágrimas.”

Lo dicho basta. Es preciso dejar á Batalla para seguir el programa. *La razón del Arte*, fue el tema que escogió Sebastián Villalaz para su discurso de orden. Era de esperarse que Villalaz tratara sobre Arte. Con la paleta y su pincel es artista y se entusiasma— con justa razón—cuando traspone en sus cuadros un “estado de alma”, un perfil débilmente marcado, ó hace una combinación de colores, sin alterar la verdad iniciadora.

Villalaz busca, á mi entender, el subjetivismo en las obras de arte. Sostendría—con Max Grillo— “que ejecutar sin crear, porque se tiene fuerza, aunque falte virtud, no es realizar propiamente la belleza; que el creador trasmite sustancia propia á sus obras; que lo demás puede ser labor estimable, pero incompleta. Las cosas, las almas, las situaciones, los paisajes, los ambientes son interesantes en cuanto los completa, los estudia, los advierte, los interpreta un espíritu creador. Los objetos son bellos en nosotros y que fuera de nosotros ignoramos su grado de hermosura.” Esta es también opinión de escritores de poderoso ingenio y por ello se explica que Nordau—en sus críticas é investigaciones de Arte— se dirija más que á la obra creada al artista que la creó. Zola ha dicho que “el Arte es un fragmento de la naturaleza visto á través de un temperamento” y nos parece que Villalaz se conforma y acata aquel concepto, pues afirma—con diferentes giros—que el Arte jamás perecerá porque él reside en la Naturaleza misma.

En *La razón del Arte*, Villalaz demostró que la mano que dibuja escribe también con delicadeza y galanura. Trabajo literario de observación, de estudio y de indiscutible mérito, fue declamado—y casi olvidábamos esto—con verdadera sensibilidad. Porque Villalaz tiene— aunque precipitado á veces—buena vocalización y dotes naturales de oratoria que harán de él—tal deseamos—un importante tribuno.

Tiempo es ya de seguir con Andreve. A él le correspondió

cerrar la velada con un estudio literario sobre la *Vida de don Luis de Argote y Góngora*, apellidado—por antonomasia quizá—“breves consideraciones.”

De espíritu bien cultivado y conocedor á fondo de la literatura hispánica, Andreve quizo revelarnos—aunque con voz poco animada y lúcida—sus intervalos de recreación instructiva. Para un trabajo de erudición tal, Andreve ha tenido que recoger infinidad de datos y de citas que estérilmente se buscarán en las bibliotecas y librerías de nuestro país. Narrar la vida de Argote y Góngora—ó de Góngora y Argote, según muchos—desde antes de nacer hasta después de muerto, es decir, durante un período cercano á un siglo, y disertar luego sobre la influencia que el *gongorismo* ha ejercido en la literatura española, es,—en nuestro sentir—la labor de más mérito que la constante pluma de Andreve ha escrito hasta ahora. Y tén-gase en cuenta que hablamos así, cuando ya Emiliano Hernandez—joven de ilustración y talento—dijo que Andreve ha logrado ya un término medio—pero un término medio nuevo—entre el estilo ameno y la psicología íntima, haciendo á un tiempo mismo obra piadosa de belleza y obra acerba de análisis.

Para la mulatez de galería el trabajo de Andreve fue inaccesible y hasta le propocionó luengas soñaciones. Nuestro público—el “respetable público”—ignora y mucho más, que fue Góngora quien primero comenzó á rebelarse en España contra las reglas del lenguaje escrito; que el movimiento modernista francés arrancó con Charles Baudelaire y siguió con Verlaine y Mallarmé; que Dehemel—“el Góngora alemán”—fue el padre del simbolismo en aquel país; y que D' Annunzio es—en concepto de doctos—la personalidad literaria más visible hoy entre los pueblos latinos.

Guillermo Andreve goza—tiempo ha—de alta reputación literaria. Su nombre es conocido en los países de habla castellana, por sus interesantes cuentos, por sus poesías de juventud, por su asidua labor periodística y—sobre todo—por sus juicios críticos—imaginativos y cáusticos—que dijimos en otra ocasión.

Cuando publique sus apreciaciones sobre Góngora y sus tendencias, quizá podamos—con mejor criterio—consagrarle unas páginas más.

* * *

Tal vez se encuentre en las palabras bíblicas una sentencia que nos absuelva porque hemos dejado para último lugar á quienes—por derecho propio—debían ocupar el primero; y nosotros—des corteses y todo—dejamos tardía constancia de que fue nota interesantísima que dió á la velada atractivo y esplendor, la participación de la mujer en esa fiesta intelectual. Ello solo es una prueba del sorprendente avance de cultura artística en nuestro país—

¿No se presentó en el Ateneo la señorita Bertilda Vallarino con gentil donaire y semblante angelical, vestida con un traje gris y lentejuelas de oro—nube de la aurora—y cantó con ternura el

valse “¡Parla!” de Arditi? La señorita Vallarino es una artista, en toda la intensidad de la palabra. Fue espiritual y tuvo, además, oportunos alardes de voz, notas agudas, alientos poderosos y técnica vocal sobresaliente.

Ella es hermana menor de doña Hilda Vallarino de Monteverde, artista también por temperamento y por educación. La señora de Monteverde, en la romanza “Ninon”, de Tosti, poseyó la pureza de interpretación, que tanto se reclama á los artistas de nota.

En el piano María Arias ejecutó con inefable dulzura el “Carnaval Español”, de Delieux. Y quién es María Arias? Es una niña de doce á catorce años; mirada lánguida, soñadora; color de canela, aristocrático; rostro de querube. Cuando toca, cuando hace vibrar el piano ¿no sentimos que es el espíritu mismo quien solloza ó ríe y se entusiasma ó llora? Forma parte de la *Estudiantina* del Colegio de San José, dirigido por la señorita Marina Ucrós y que tocó tan melodiosamente el valse lento de Cremieux, “Quand l'Amour Meurt”. Con cuánta satisfacción nuestra pluma—incorrec-ta y tosca—dejara en esta crónica los nombres de las damitas es-pirituales y gentiles de esa *Estudiantina*, si fuera posible obt-nerlos aquí ahora, que escribimos tan lejos!

Un hermoso grupito de artistas de la Compañía de Opera Lam-bardi, dejó también oír sus voces cristalinas: Olga Simsiz, cantó con delicadeza y ternura el valse de Gounod “Mirelle”; Renata Pezzati, interpretó hábilmente la romanza de “Samson y Dálila” de Saint—Saens; y Esther Ferrabini—la mujer de *Pedora* que ideó Sardon—desató los corazones en aplausos cuando cantó la habanera de “Car-men”, por Bizet. Artistas de las riberas del Adriático, sus triun-fos no nos pertenecen. Flores de otros pensiles, es para otros pensiles su perfume.

Quisiéramos seguir.—Pero esto va largo ya y un telegrama de Andreve, el gallardo Director de los ANALES, nos dice que urge el envío de esta revista. Sin embargo dos, palabras más. Es mo-tivo de orgullo para el patriotismo tener un centro intelectual como el Ateneo, que ha podido conservarse á pesar de todas las vicisitu-des y que ha dado nombre fuera del terruño á la mentalidad pana-meña.

LECTOR CONTE B.

Penonomé, Marzo de 1909.





PROGRAMA

*de la velada solemne que celebró en
el Teatro Nacional el Ateneo de
Panamá el viernes 27 de Noviem-
bre de 1908, á las 8 30 p. m.*

PRIMERA PARTE

- I Obertura por la Banda Republicana.
- II Discurso del doctor Ramón M. Valdés.
- III Valse de "Mirelle", Gounod, cantado por la señorita Olga Simsiz.
- IV "A Panamá," poesía recitada por su autor señor don Justo A. Facio.
- V Habanera de "Carmen", Bizet, cantada por la señorita Ester Ferrabini.

SEGUNDA PARTE

- VI Ch. Delieux. Carnaval Español. Caprice de Concert ejecutada al piano por la niña María Arias.
- VII "Las grandes etapas de la música, anteriores á los siglos XII y XIII" por el doctor Aurelio A. Dutari.
- VIII Romanza de "Samson y Dalila", Saint Saens, cantada por la señorita R. Pezzati.
- IX "Gratitud" [fragmento de una historia] poesía recitada por su autor señor don José Guillermo Batalla.
- X "¡Paria!" valse de Arditi cantado por la señorita Bertilda Vallarino.

TERCERA PARTE

- XI Valse Lento "Quand "Amour Meurs", Cremieux, Estudiantina del Colegio de San José.
- XII "La razón del Arte", discurso por el señor don Sebastián Villalaz.
- XIII "Simón Bocanegra", Verdi, romanza cantada por el señor A. Mauceri.
- XIV "Breves consideraciones sobre la vida de don Luis de Argote y Góngora, su tiempo y su obra poética," estudio literario por el señor Guillermo Andreve.
- XV "Ninón", P. Tosti, romanza cantada por la señora Hilda V. de Monteverde.



Discurso

del socio Presidente del Ateneo de Panamá pronunciado en la velada solemne celebrada en el Teatro Nacional el viernes 27 de Noviembre de 1908, á las 8.30 p. m.

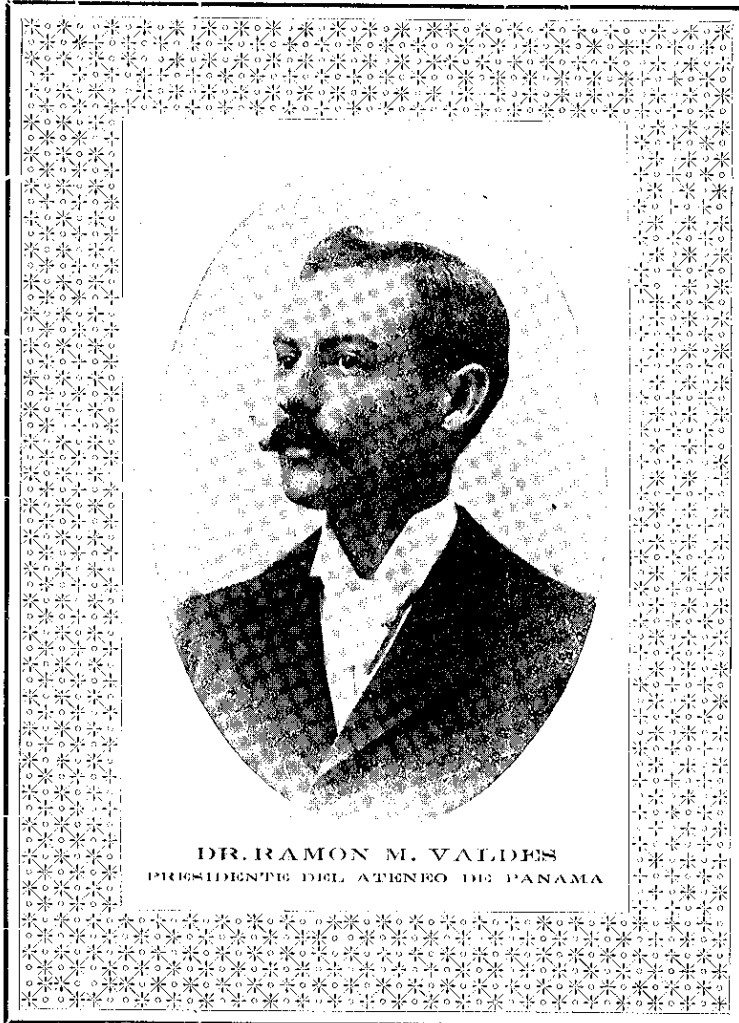
Señores:

La benevolencia de mis consocios del Ateneo me sorprendió hace pocos días discerniéndome, cuando tenía menos motivos para esperarlo y mayores razones para temerlo, el honrosísimo título de Presidente de la asociación y haciendo de ese modo pesar sobre mí la responsabilidad trascendente que va anexa á una jefatura intelectual de difícil desempeño, porque exige dotes superiores, que yo no poseo y de cuya carencia me lamento hoy más que nunca, deseoso como estoy de corresponder al indulgente sentimiento que inspiró mi elección; de contentar mi propio anhelo, que tiende con vehemencia al progreso intelectual de mi patria y de satisfacer la natural y legítima expectativa de mis conterráneos amantes de las letras, que esperan grandes cosas de este centro de cultura, el cual por la placidez y el sabor espiritual de sus labores, por la serenidad de su ambiente, por el sentimiento de confraternidad que desarrolla y por la sensación de paz que nos procura, en medio de las luchas cotidianas de la vida, nos hace á los devotos amar y buscar su refugio aun más de lo que ama y busca el viajero la sombra húmeda y restauradora de los oasis, tras una azorosa travesía por el desierto abrasador y pérfido.

La idea del Ateneo de Panamá surgió, señores, en el preciso momento en que su fundación era necesaria. A los iniciadores del propósito que vemos hoy convertido en realidad triunfadora y á cuyos esfuerzos persistentes, que pueden llamarse también denodados, se debe el hecho verdaderamente milagroso de que aun subsista este cuerpo, exclusivamente consagrado á especulaciones inmatrimoniales, en medio de un ambiente saturado de utilitarismo grosero, á esos conductores abnegados de esta empresa civilizadora, entre los cuales descuellan mi antecesor en la Presidencia, señor Nicolás Victoria J. y los señores Gillermo Andreve, Samuel Lewis, Ricardo J. Alfaro y Ricardo Miró, está obligada la sociedad panameña á

ofrendarles "los verdes lauros y las frescas palmas" de que se han hecho merecedores, concediéndoles á la vez el blasón de beneméritos de las letras patrias.

La exactitud de mi concepto acerca de la oportuna aparición del Ateneo y la justicia de mis palabras de encarecimiento para la labor de sus fundidores, se destacarán brilladoras de las conside-



raciones que me permitiréis hacer en esta hora venturosa para la intelectualidad istmeña

* * *

El Istmo de Panamá, desde los tiempos de la Colonia, fué un embrión de nacionalidad, que durante el proceso de una gestación

de siglos llevó una vida rudimentaria é incompleta, estremecido á veces por tremendos choques de fuera y por obscuras perturbaciones intestinas; nutríalo de modo intermitente y escaso las corrientes de ideas que brotaban de manantiales fecundos, pero que llegaban á él tasadas y de ordinario transformadas al sufrir la acción intermediaria del organismo político en que se hallaba incluído.

Pero la formación del sér, aunque lenta é imperceptible continuaba su curso. Un día, entre el fragor y la violencia de un largo cataclismo, el mundo vió agitarse desesperadamente la estructura formidable del poder español, cuyos miembros enormes se extendían á todas las regiones del globo y en la convulsión espantosa arrancóse el tronco americano de la cabeza europea, como una revelacion de lo alto de que es vano el intento de amalgamar y confundir en un mismo molde lo que debe estar separado por su naturaleza y su destino.

Nuestro Istmo, reforzando las adherencias que lo unían á Colombia, continuó incorporado á ella y á poco sintió que merced á los efectos saludables de la crisis emancipadora, una savia nueva y vigorizante se difundía por sus órganos, acelerando su desarrollo y preparando para un día no lejano su libertad de las entrañas maternales.

Ese día llegó al cabo. Terminadas las etapas evolutivas del feto, operóse el nacimiento de modo irresistible, como se cumplen las leyes naturales y los decretos inexorables del destino, sin que faltará en el trance el dolor, lote desgraciado del hombre y de los pueblos, que acompaña fatalmente los fenómenos más trascendentales de la vida.

El Istmo de Panamá, el embrión de nacionalidad de los tiempos primitivos es hoy ya una nación soberana, con vida propia y carácter distintivo propio; el fragmento de otras patrias se ha convertido á su turno en una patria, habitada por un pueblo autónomo, abierta á los hombres de todas las razas y consciente de la alta misión que está llamada á realizar para su prosperidad y para beneficio del mundo civilizado que acogió con aplausos su reciente advenimiento á la existencia libre.

Poseedora la República de Panama de funciones y facultades propias, pero débil y vacilante en sus primeros pasos, á los que estamos vinculados á ella por el amor y por el deber nos incumbe la tarea de velar por su bienestar y su engrandecimiento. Diré, prolongando el símil de que me serví para historiar el lento proceso de su gestación, que nuestra República, estando hoy en la infancia, exige los cuidados y el método que se emplean para guiar acertadamente el desarrollo del hombre desde sus primeros años. Requiere atención esmerada su desenvolvimiento material, su robustez física, porque la fuerza es la garantía más eficaz de supervivencia, dadas las leyes fatales que gobiernan el mundo; pero no menos solicitud demanda su cultivo intelectual, porque todas las facultades deben progresar paralela y armónicamente, á fin de que hagan del sér una entidad apta á su defensa y acreedora á la consideración de sus semejantes

Que los vírgenes y exuberantes bosques de esta opulenta cintura del continente americano se pueblen en buena hora con el rumor de las mesnadas de la industria, codiciosas de sus maderas y sus bálsamos, sus gomas y sus fibras, sus cortezas y sus plantas; que los ricos veneros del subsuelo y los innúmeros depósitos aluviales broten del terreno removido, fascinando con el brillo de su oro los ojos avarientos de una legión de mineros; que las ubérrimas compañías se cubran con los cuadros alindados y verdeantes, de vario matiz, en que se recrea la mano pródiga de Ceres; que vastos establecimientos fabriles muestren en todas partes sus arrogantes chimeneas coronadas por el penacho de humo que anuncia la labor activa del progreso; que el ámbito de nuestras bahías y la superficie de nuestros mares se animen con el continuo trajinar de las navés cargadas de productos; y por último, que aparezcan, en época cercana, á lo largo de nuestro angosto territorio, como la espina dorsal del organismo, las paralelas de acero, por donde corren torrentes de vida y cuyos efectos asombrosos aseguran la redención económica de los pueblos.

Por todo eso anhela el patriotismo, pero ello no es sino una parte de la gran obra del desenvolvimiento nacional. Se necesita alcanzar simultáneamente con esos bienes lo que un notable escritor llama *la manumisión intelectual del pueblo*; reducir cada día el número de las clases analfabetas; difundir la escuela elemental haciendo participar de sus beneficios hasta los más humildes caseríos; organizar cuidadosamente la enseñanza secundaria; empeñarse en dar eficiencia á las escuelas normales, de donde han de salir las legiones animosas que paciente y abnegadamente infiltran las primeras claridades en los cerebros infantiles y comienzan á modelar, con toques indelebles, el carácter de los ciudadanos del mañana; dar á la juventud la instrucción superior y la profesional que habilitan para las luchas de la vida.

Toda esa labor tan inmensa y tan fecunda, encomendada al Gobierno, no podría sin embargo dar frutos sazonados si faltara la cooperación social, á la cual corresponde crear el medio propicio en que vengán á revelarse, á ejercitarse y á alcanzar vigoroso desarrollo las inteligencias que recibieron la primera nutrición en la pasividad de las aulas.

Para hacer efectiva esa cooperación á la obra oficial se ha fundado el Ateneo, que es un palenque abierto á las justas del talento, un invernáculo risueño en que da la idea sus flores de luz, un santuario en que el alma humana, ansiosa de espiritualidad, viene á buscar las más puras y deleitables fruiciones.

* * *

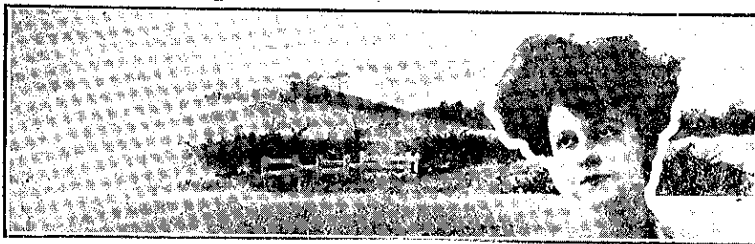
A los miembros del Ateneo nos regocija la convicción de que cumplimos nuestro deber patriótico organizando veladas como esta á que doy principio, en la cual toman parte, dándole atractivo y esplendor inusitados, que perdurarán en nuestra memoria y nos obligan á un profundo agradecimiento, la señora de Monteverde y su hermana la señorita Bertilda Vallarino, ambas poseedoras de un

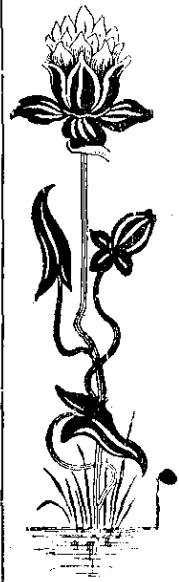
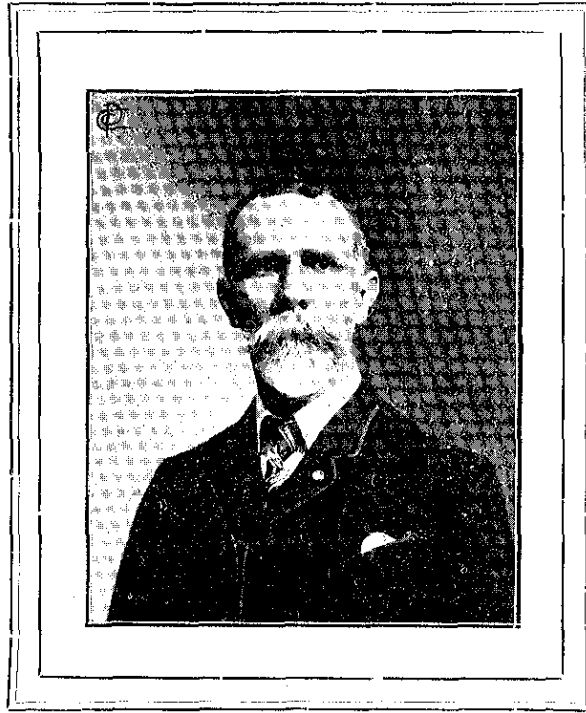
delicado temperamento artístico; las señoritas Ester Ferrabini, Olga Simsiz, Renata Pezzati y el señor A. Mauceri, verdaderas eminencias del arte lírico, que han despertado entre nosotros muy vivas simpatías y una admiración justificada durante la temporada de la compañía de Opera de que forman parte. Me es muy placentero también expresar la gratitud del Ateneo á la espiritual niña María Arias y á las inteligentes niñas que componen la Estudiantina del Colegio de San José, lo mismo que á las distinguidas Directoras de ese Colegio, por el valiosísimo concurso que nos prestan en esta función de gala de nuestro Centro.

No necesito, señores, encareceros el mérito de las demás personas á cuyo cargo está el desempeño de otros números del programa. Con excepción del señor Justo A. Pacio, poeta de estro vigoroso, educacionista notable y escritor descollante, que aunque reside desde tierna edad en Costa Rica es panameño por el nacimiento, por la voluntad y por el afecto que profesa á nuestra tierra, todos los demás, más que conocidos, os son familiares y á vosotros toca tibarles el aplauso de que les consideréis merecedores.

Reconozco con la más profunda satisfacción que la culta sociedad panameña, al responder á nuestro llamamiento con tan grande y selecta concurrencia, ha hecho más que cumplir con su deber: ha dado al Ateneo un testimonio elocuente de benevolencia y de simpatía que colma por completo nuestro anhelo, que estimula nuestros esfuerzos y que yo no podría compensar con las frases más expresivas de reconocimiento.

He dicho.





JUSTO A. FACIO

A Panamá

*Al ilustre panameño señor
Doctor don Pablo Arosemena*

Yo estaba lejos, lejos:
mi ardiente fantasía
muy grande te soñaba,
cuando ante mí surgía,
velada por el tiempo,

tu dulce aparición;
mas ay!, á la matrona
en tí buscó mi mente
y me encontré con que eras
el miserable cliente
que marcha resignado
á zaga del patrón.

Ni eras, al sumergirte
en aguas de indolencia,
el mísero que compra
su inútil existencia
al precio ignominioso
de vil pasividad:
ah!, cuántas veces, cuántas,
con su falaz reclamo
á lucha fratricida
logró lanzarte el amo
por un mezquino engendro
de torpe libertad!

Sencilla y denodada,
pletórica de brío,
vió el mundo, sin embargo,
en el sangriento lío
frisar con lo grandioso
tu esfuerzo varonil:
yo no amo los combates:
su saña me horroriza:
pero, al incendio rojo
de la remota liza,
admiro en tí á la virgen
intrépida y gentil.

Mas, oye: no te engrías:
ese brutal coraje
es el instinto foscó,
malévolo y salvaje
con que la bestia hirsuta
se lanza al redondel:
despedazados ruedan
á su feroz zarpazo
desde el hombre potente,
que triunfa por su brazo,
hasta la virgen rosa,
que tiembla en el vergel.

Esa es la gloria, oh patria,
que el universo admira,
cegado por el brillo
de la sangrienta pira
sobre la cual despunta
con bélico ademán:
mientras que, como diente
de ignotas alimañas,
un cáncer silencioso
devora sus entrañas,
la púpura del César
sus hombros lucirán.

¿Qué vale, dí, su arreo,
si gotas mil de llanto
cual fúnebres estrellas
resbalan por el manto
con que esa maga cubre
su séquito de horror;

si, en la avalancha de horda
conque recorre el mundo,
hasta Natura pierde
el ímpetu fecundo
que hace estallar la vida
en ráfagas de amor?

No era ese imperio el tuyo:
el tuyo era de flores:
mil fuerzas misteriosas
en locos surtidores
sus lenguas agitaban
en torno de tu sér:
era la vida ardiente
que en ancha vena rota
del vaso desbordante
de tu existencia brota,
en ricas primaveras
ya pronta á florecer.

Cuanto tiene, el destino
te daba á manos llenas:
el oro que se cuaja
en límpidas patenas
bajo tu suelo hervía
como átomos de sol;
insignia de tu rango
de reina de dos mares,
para tejer cintillos,
ajorcas y collares,
guardabas tú mil perlas
de vivo tornasol.

Sí, patria, tú ceñas
el cinturón de oro
que á Venus hizo dueña
del piélago sonoro
donde rodó su carro
de espumas y coral;
pero, indolente ó sorda,
acaso no entendías
la voz de los dos mares
que en rotas armonías
cantaban tu destino
con lengua de cristal.

No te excitaba el hado
á loco desvarío,
haciéndote promesas
de insano poderío,
de gloria sanguinaria,
de trágico laurel;
no es grande el ambicioso
de gloria ó servidumbre
que en sus soberbios pujos
por alcanzar la cumbre
sobre la humana stirpe
levanta su escabel.

En tu solar, repleto
de germen y pujanza,
compiten bajo el árbol
de bíblica esperanza
la mente soñadora
y el músculo tenaz;
porque en tu suelo puso
el genio del trabajo
sobre la ciencia grave
y sobre el duro tajo
arco iris que promete
un sol de eterna paz.

Por eso al verte, henchida
de fuego repentino,
regir con fe la nave
que lleva tu destino,
tus hijos te aclamamos
con íntima efusión:
radiante la mirada,
resuelto el continente,
ya no eres, no, como antes,
el miserable cliente
que marcha resignado
á zaga del patrón.

Señora de tu suelo,
altiva, si risueña,
en lo alto de una cumbre
eriges hoy la enseña
donde escribió el Eterno
tu fin providencial,
y, por sendero libre
de oscuras atalayas,
á darse estrecho abrazo
acuden á tus playas
los pueblos que divisan
su mágica señal.

Helos allí que vienen
por una y otra senda
y que reposan luego
bajo tu hermosa tienda,
soñando en la ventura
con plácida inquietud,
en tanto que, á su gesto,
oh patria, condolida,
tú ofreces á los tristes
el ánfora de vida
que infunde en las entrañas
calor de juventud.

Ni te contentas sólo,
de noble afán llevada,
con ofrecer al hombre
tu sal y tu morada,
tu puro sol de fuego,
tu cielo de zafir:

no en balde, no, er. tu escudo
 vese brillar tu empresa
como estrellado signo
 de la inmortal promesa
que en página gloriosa
 descifra el porvenir.

Aun eres, sí, más grande:
 impávida, tranquila,
sin que el dolor detenga
 la mano que mutila,
la estrella de tu sino
 por único sostén,
el mundo ha contemplado,
 de asombro todo lleno,
cómo sin pesadumbre
 te abres el propio seno, —
pelicano sublime, —
 por el humano bien.

No importa si el estulto
 te befa ó te escarnece,
porque en tu virgen suelo
 la libertad florece
bajo la sombra augusta
 de roble protector:
en su follaje el roble,
 como un dosel, te arropa,
en tanto llega el alba
 en que su blanda copa
sobre tus hijos tienda
 la libertad en flor.

Bajo esa vasta sombra,
 como bajo un velario,
los hombres animosos
 en grupo tumultuario
se lanzan á la meta
 con gozo y ansiedad:
allende la Fortuna
 dibuja su silueta,
y quien alcanza al cabo
 la suspirada meta
girones de sus ropas
 arranca á la deidad.

No con halagos torpes
 ó fútiles intrigas
tú á la Fortuna, ó patria,
 cortejes y persigas:
ella prefiere al mimo
 el nudo constrictor:
estrújala en tus brazos
 con fuerza que destroza
y la verás, rendida,
 llevarte en su carroza

hasta la cumbre excelsa
de fúlgido Tabor.

Es ancha la carrera,
magnífica la pista,
y á conquistar el gaje
la humanidad se alista,
en marcha al horizonte
de límpido turquí:
al coro de tus mares,
bajo tu cielo abierto,
resuena en el camino,
como triunfal concierto,
el paso tumultuoso
con que se acerca á tí.

Porque, como una estrella
de la celeste corte,
un solo y grande anhelo,
sirviéndote de Norte,
preside con su lumbré
tu ruta mundanal:
más firme y más potente
que el nexó de la raza,
él solo,--que es idea,--
con hilo de oro enlaza
á todos los humanos
en grupo fraternal.

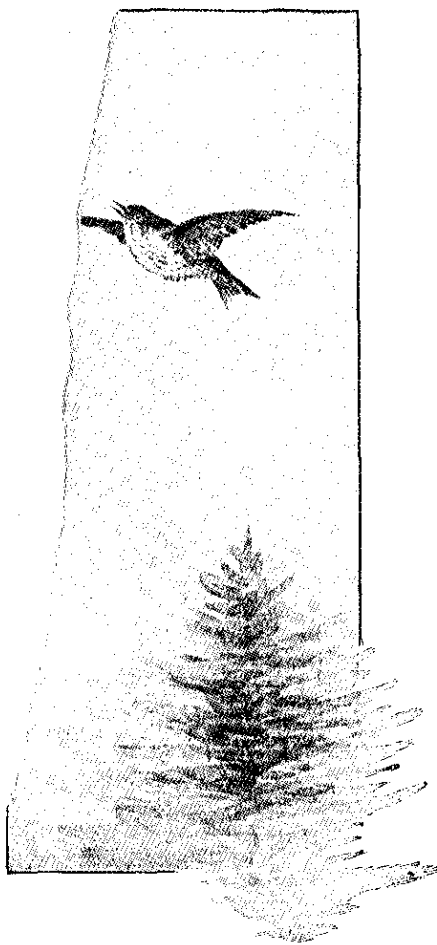
Prosigue, sí, prosigue
tu generosa brega;
el cerco de tus brazos
con júbilo despliega
para los hombres todos
en una amante cruz,
y que tu faro insigne,
radiante de esperanza,
fulgure entre el misterio
de oscura lontananza
como una flor inmensa
de pétalos de luz.

A los clangores roncós
de bélicos metales
prefiere tú los ruidos
alegres y triunfales
que las colmenas de hombres
levantan en redor,
y que ese canto diga
tu excelso señorío
cuando en tu frente brillen,
como orlas de rocío,
en sartas diamantinas
las gotas del sudor.

En la más alta cima
coloca tu bandera,

y cuando la sacuda
la brisa pasajera
en mil ondulaciones
y trémulos zis-zás,
parecerá el pañuelo
de vivos colorines
con que, á través de climas,
distancias y confines,
á la progenie humana
tú saludando estás!

Justo A. Facio



La razón del Arte

discurso del señor Sebastián Villalaz, pronun-
ciado en la velada¹ solemne que celebró
en el Teatro Nacional el Ateneo de Panamá
el viernes 27 de Noviembre de 1908 á las
8.30 p. m.

Damas y caballeros:

Cuentan que la piedra de Boloña cuando se la expone al sol, atrae sus rayos, los absorve, y los conserva, y luego por la noche resplandece ó alumbrá por viveza por algún tiempo considerable. Tal acontece cuando asistimos á espectáculos que revisten caracteres estéticos: las sensaciones artísticas penetran hasta nuestros nervios, se expanden por todo nuestro sér y se reconcentran con intensidad en la conciencia, la que, como la piedra de Boloña, resplandece por mucho tiempo engendrando emociones dulcísimas que hacen flotar el espíritu como por sobre raudales de la vida eterna.

Los resplandores que aun despide sobre los horizontes de mi alma la Velada de inauguración del Ateneo de Panamá, efectuada hace un año cabal, en este mismo día y á esta hora misma, en la que, de gargantas sonoras brotaron cánticos cristalinos que en azules espirales ascendían en ofrenda hermosa hasta Minerva, y en la que frase vibrante y en sapiencia rica inició el espíritu en los principios fundamentales del Arte, explican lo vacilante de mis pasos al emprender esta marcha con la inmensa mole con que la Directiva ha gravado mis hombros de pigmeo. Pero, cuento con vuestra benevolencia, sobre todo con la de vosotras, elegantes damas, que es para mí blanco y mágico corcel en que salvaré los accidentés del camino, evitando "que me rompa con estrépito la frente."

Yo lo afirmo, y no temo equivocarme, que sólo una palabra con gratisima tenacidad ocupa vuestro pensamiento, arrancando de la hora en que comenzásteis á aderezaros para concurrir á esta

velada: esa palabra es Arte, y quiero, aunque defraude vuestras esperanzas, hablaros de Arte.

¿Qué es Arte? Kant, Spencer, Schiller, la generalidad de los que se dedican al estudio de la estética contemporánea, llegan á la conclusión de que arte no es sino *el juego de más alta categoría*, proclamándolo independiente de lo útil y verdadero, ajeno á toda



idea de virtud, simple aplicación de fuerzas sobrantes, sólo dirigido á la imaginación, con fines absolutamente desinteresados. Marchan ufanos por este sendero la mavoría de los filósofos modernos constituídos en verdugos despiadados del Arte como verdad metafísica cual lo son el Bien y el Mal, cual lo es la inmortalidad del Alma, cual la existencia de un Dios. ¡Cuán triste porvenir tendría el arte si con esta teoría—tósigo mortal— se hubiese llegado á la solución acer-

tada del problema de la índole verdadera de los sentimientos estéticos! El progreso vertiginoso de la ciencia, el desarrollo precoz de las industrias y la monopolización de las riquezas humanas, que muy pronto habrán embargado toda la actividad del hombre, dejarían al arte sin ese principio de vida, consistente para aquellos filósofos en el excedente de fuerzas activas. ¿Y no es esto ya rebajar el arte á la simple categoría de un fardo inútil que es arrojado fácilmente á la vera del camino para apresurar la marcha? Pero, no: que el artista, cuando por circunstancia cualquiera contraría sus inclinaciones, siente al fin una necesidad interior que no puede llenar, si no es agarrando el arco ó el pincel y produciendo algo que acalle el grito de su conciencia que lo acusa de traidor. Y por sobre las tempestades que desatan la ciencia y las industrias; por entre las grietas que fabrican en el corazón las peripecias en la brega por la vida, y por encima de las amargas que ofrecen las pasiones reprobables del hombre, el arte pasa, y avanza como el rayo de luz purísima por entre el cristal esparciendo siempre progresivamente su vivísimo fulgor. Y es, porque arte es la divinización del placer; porque es refugio confortante y delicioso del Dolor; porque es unificación del sentimiento, y porque es, en fin, un soplo del mismo Dios hecho alma universal.

Guyot nos dice que la vida es en último análisis el fin del arte, y no hay sin duda esfuerzo artístico que no sea enderezado á idealizar la vida, á elevarla á su más alto grado de perfección. El artista busca en su empeño tenaz el bien, el placer y la belleza concebidos en su expresión ideal, como la suprema aspiración del espíritu como retoques de dulzura á las fruiciones de una existencia soñada. "Lo que causa nuestro embeleso y enciende nuestro entusiasmo en las obras de arte,—dice Rodolfo Toppfer no es lo que procede de la naturaleza objetiva, sino lo que pone de suyo el artista que la interpreta". Por eso en mi concepto la escuela que preconizó la imitación servil de la naturaleza, fué la degradación del arte y el "negro dogal que extrangulaba el genio".

Guardémonos, pues, de profesar *el arte por el arte* y de restringirlo atribuyéndolo sólo á un entretenimiento inútil de esa facultad de imitación creadora de espíritus iluminados. El arte en cuanto al ejercicio de esa facultad, es la exteriorización de atesoradas emociones estéticas, delicadizadas por la comparación y la experiencia semi—inconscientes. Es, eso sí, la más excelsa de sus manifestaciones, porque el artista, con el poder de su instinto creador, purifica las causas que en su espíritu determinaron emociones pasadas, y nos inicia con sus producciones en un mundo de bellezas que arroban el alma y agitan las fibras más íntimas de nuestro sér.

El arte supremo es la suprema armonía, generadora de las emociones estéticas, las que, evolucionando en la conciencia, van como puliendo en el cerebro la imagen individual de la belleza que es la que regula en el artista la concepción y ejecución de sus obras. Luego del arte puede decirse con los discípulos de cierta escuela filosófica en su manera de conceptuar al Omnipotente: el arte es todo y todo es arte. El débil bajel y el vapor altivo que rompen,

cual más cual menos audaz el rostro del océano surcado por la ira; el ave de vuelo limitado y el águila atrevida que cortan con sus alas afiladas el ténue céfiro y el huracán estrepitoso; el arroyo que quiebra su linfa contra las rocas impasibles; la ola furibunda en su afán de escupir las alturas del cielo, así como el manso lago que acaricia con ósculos silenciosos los lirios y madre selvas de la orilla; el atleta herrero que vence al golpe de su martillo las rebeldes formas del hierro, como el poeta inspirado que canta el paso triunfal de la luna; la madre infortunada al arrullar á su chicuelo al compás de la música e tridente del mugriento chinchorro, lo mismo que la potentada que lo mece en cuna de encajes y de oro rica; el rítmico vaivén de aristocrática pareja siguiendo las cadencias de sentida danza, como el primitivo baile de los indios al monótono són de música salvaje; el recuerdo de las cuitas amorosas sobre el diván de damasco terso y entre el aroma del sándalo y los nardos, así como á orillas de la fuente, bajo el follaje fresco y entre el perfume de entreabiertas flores, son notas de ese concierto armónico de la creación, y son en esencia himno de triunfo entonado al arte en su expresión abstracta. Puede venir, es verdad, con la extinción del género humano la no existencia de las emociones estéticas, pero en el resto de la naturaleza substiría la armonía, que es el arte por excelencia; y aun después de consumado el Juicio Final, el arte surgiría victorioso de los escombros mismos del pasado.

Lo horrible, lo imperfecto y hasta la fealdad misma también tienen su belleza, por un secreto principio de armonía, oculto allá para los ojos incientes, en el fondo de las discordancias, ó sea el dominio del orden en el imperio del desorden. Otelo, pábulo infeliz del gusano de los celos, dando muerte á su Desdémona dormida en su lecho blando, cubierta con sus sábanas, blancas cual la evidencia de su virtud purísima, y Roma consumida por las voraces lenguas de fuego, son espectáculos que causan tal vez hasta emociones penosas por la intensidad de resonancia en la conciencia, pero que también traspasan los límites de la belleza para ocupar el trono de la sublimidad. ¿Y cuántos de vosotros son los que no han sentido alguna vez ese dulzor inefable de tinte melancólico que brinda el labrador cantando en endechas mal tejidas el "adios" del día, al subir por la empinada cuesta donde con impaciencia tranquila le aguarda su casta compañera? Y Prudhomme ha escrito que del busto de un jorobado puede un escultor hacer una obra maestra, si ha penetrado, y expresa por el concierto de las formas, la íntima solidaridad vital que imprime la jibosidad sobre el ángulo facial y aun sobre los rasgos de la fisonomía. Esta belleza, dice, no es sino una condición de la belleza plástica, pero muy estimada por los artistas porque es esencial y rara, y supone una gran fuerza de observación á sus ojos. Hay, pues, belleza de la fealdad misma: la armonía persistente bajo las discordancias".

Para que una obra de arte abra entonces á su autor las puertas de la inmortalidad, debe reunir condiciones esenciales, entre las cuales está por sobre todas ellas, la armonía, que se halla en razón directa del ritmo en las descendencias y ascendencias de la propor-

ción y de la mayor intimidad en las relaciones entre sí de las partes del todo. Así, mientras mejor armonizados estén los elementos de una obra, mayor será la economía en el gasto de fuerzas del órgano receptor de la sensación, que es la esencia fisiológica, digámoslo así, de la mayor ó menor belleza y del mayor ó menor placer en las emociones. Después, la evidencia palpitante de ese estado psicológico del artista anterior á la concepción de la obra, en el cual no sabe él mismo lo que siente, ni qué desea, ni lo que busca: en una palabra, la inspiración, que son los resplandores de la poesía sobre los confines de la ciencia. Luégo, conjunción de elementos capaces para hacer que la resonancia de la emoción estética se difunda por todos los nervios hasta llegar á los umbrales del cerebro despertando allí un pensamiento; y por último elevación de miras que provoquen en el espíritu del espectador el vivo deseo de que se convierta en realidad la ficción que contempla.

Más, ay! que si es cierto que una obra de arte á esa altura proclama el genio, también lo es que ella constituye una amarga, decepción para el artista que la ejecuta respecto de su poder creador. Miguel Angel ante su acabado Moisés—esa admiración de cuatro siglos—se siente átomos y se retuerce en extertores horribles ante su impotencia para convertir aquella piedra en un hombre que suba y baje las montañas del Sinaí. En los últimos de los catorce vals de Chopín, historia de sus amores con Jorge Sand, hay incoherencias que no son otra cosa que los gritos de desesperación ante su incapacidad para crear de modo tangible y permanente aquel universo de perspectivas luminosas en que su amor se deslizaba como un perfume; y el poeta, para hablarnos de la suya misma, nos habla de la protesta del pintor contra los estrechos límites de su divinidad, diciéndonos:

“Pintaba un gran artista la figura
de una mujer; pero en su boca había
un rasgo que á su genio se escondía,
que escapaba al pincel y á la pintura,
una sonrisa de ideal belleza
que era como un destello de ternura
perdido en una sombra de tristeza.

De repente el pintor en ansia loca
del genio que al crear inmortaliza,
en un golpe de luz trazó en la boca
la secreta expresión de la sonrisa.

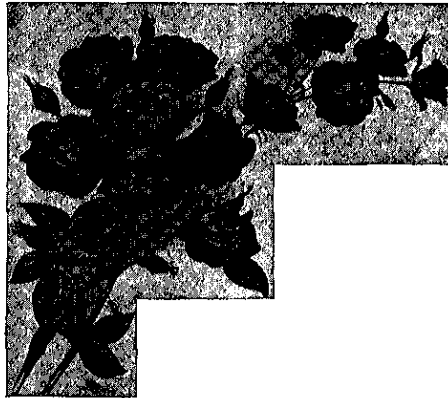
Miró el artista su obra largo rato
con la muda ansiedad del embeleso,
y después, en un íntimo arrebató,
acercóse frenético al retrato
y borró la sonrisa con un beso.”

Y bien: dados los fundamentos del arte, su estructura, sus medios y sus tendencias, rubricaremos la sentencia de muerte que contra él han dictado algunos de los filósofos modernos? El que

habla no siente aún arrollado por esa ola de revoluciones psico—estéticas que parecen aturdir el espíritu sumiéndolo en sueño culpable. El arte en su período evolutivo, muy lejos está de haber sufrido decadencia, y no le va en zaga á ninguna de las manifestaciones de la actividad vital en su progreso sorprendente. Hoy el arte no sólo se dirige al sentimiento, sino que avanza hasta llamar á las puertas de la inteligencia. El mármol con Rodin no detiene ya nuestra atención por sus curvas delicadas y por el detalle acumulado, sino que obliga al alma á buscar ansiosa en aquel bloque blanco, algo que no alcanza á delinear y que sin embargo siente en un todo perfecto, que impone á la inteligencia reflexiones profundas y á cuyo impulso el espíritu vuela impetuoso á las regiones de la luz. El lienzo ha dejado de ser especie de plano donde la mano paciente *fotografiaba* la naturaleza, para convertirse al golpe del pincel libre y atrevido, en combustión de fuerzas multicolores, de entre las cuales las figuras surgen vigorosas como si fuesen creaciones espontáneas. Y Wagner, ese ángel caído, fabrica con sus alambres misteriosos trinos y voces, lóbregas tempestades y mañanas sonreídas, lágrimas mudas y voluptuosas carcajadas, enseñándonos el lenguaje en que se aman y se riñen los que habitan en la mansión de los dioses, y alimentando así la esperanza de la inteligencia en su propio poder para construir en el porvenir un mundo perfecto

El arte, pues, tiene que ser y vive y vivirá siempre porque su fin es la vida misma; sus medios, la naturaleza y su principio, la armonía universal. Y allí la ciencia aprovechándolo para embellecer sus formas y determinar sus rumbos; el hombre para remontarse á las alturas diáfanas, y cernirse, cual águila caudal, por sobre las hondas tempestades que azotan los mares de la existencia; la mujer para hacer resaltar sus encantos y acrecentar el brillo de su diadema de reina de lo creado; la Religión para vulgarizar sus misterios y sus creencias; la Fe para detenernos con faro luminoso ante los escollos del excepticismo cruel, y Dios para revelárenos en toda su sublimidad y en toda su grandeza infinita!!





Gratitud

Fragmentos de una historia.

Cuando llega la hora
solemne en que el problema de la vida
nos preocupa y la mente indagadora
es un antro espantoso que atesora
delirios vanos de ilusión querida:
cuando la noche oscura
de un angustioso porvenir se advierte
y vemos con mirada de amargura
en cada giro adverso de la suerte
dardo funesto de dolor ó muerte.....

En esa hora grave y majestuosa
surgiste en mi camino,
radiante y primorosa
como el tierno capullo de una rosa
exquisita en perfume y galanura;
con esa encantadora sutileza,

mezcla de timidez y de ventura,
que muchos atribuyen á ignorancia,
no siendo, en realidad, sino fragancia
que nace de la mística pureza
de una alma en donde reza
la infancia su plegaria más divina
y un mundo se adivina
de embriagadora y sin igual belleza

Tu vista me produjo
la indecible emoción propia de una alma
que, enferma y abatida,
cuando ya desespera, es sorprendida
por una dulce claridad de calma.

En mis noches sombrías
de opresoras nostalgias y agonías,
noches largas y horribles
de insomnes cautiverios
inquietudes y sombras y misterios
y de meditaciones de imposibles;
al pensar de tú amor en las primicias
se alejaban del alma soñadora
las dudas y tinieblas
como las densas nieblas
que el sol deshace al despuntar la aurora,

El virgíneo carmín de tus sonrojos
me infundió nuevas ansias y vigores;
cesaron los enojos
y el sendero de espinas y de abrojos
trocóse en senda de fragantes flores.
sentí rotas las fuertes ligaduras
que apesaban mi loca fantasía
y en el diáfano azul de las alturas
ví que entre lumbres puras
la estrella de mi amor resplandecía.

¡Cuántas veces, en íntimos coloquios,
contándote las horas intranquilas
de mi viejo y profundo desconsuelo,
he visto humedecerse tus pupilas
y compartir mi duelo!
"Tu mal," me repetías,
"es producto de afanes ambiciosos"
y callabas mi voz con armonías
de besos lujuriosos;
"No debes inquietarte," me decías,
y riendo lo mismo que una loca,
toda convulsa y delirante, luego,
en el sublime desenfreno ardiente
de la pasión, con ósculos de fuego
de tu excitante y purpurina boca,
calcinabas frenética y vehemente
mis cabellos, mis sienes y mi frente

¡Fuiste la Redentora de mis penas,
de mis tristezas y melancolías;
fue la alba flor de tu jardín de amores
aurora de anheladas alegrías,
ocaso de recónditos dolores!!

Mas duró tanta dicha lo que dura
Del lirio la blancura;
Pronto el fiero fantasma del Hastío
turbó con gestos de cansancio y frío
nuestro idilio de erótica locura.—
Tus frases postrimeras
fueron injustas recriminaciones
y agravios que encerraban el veneno
de tus torpes quimeras
y de tus ansias de placer y cieno.

¡Todo estaba acabado!
La maga tentadora del pecado
nubló tu vista con sus regias galas;
el ángel del Amor, avergonzado,
detuvo el vuelo y destrozó sus alas
.
y, sedienta de nuevas sensaciones,
cansada, yá, de los halagos mismos,
soñando con románticas pasiones
te lanzase del mundo á los abismos
.
.

Hoy, de nuevo te encuentro y quién creyera
tu palidez de cera
me ha producido espanto, tus mejillas
enjutas, demacradas,
parecen mustias rosas amarillas
por las brisas de invierno marchitadas.
De aquellos labios diminutos, rojos,
no quedan sino fúnebres despojos;
las luminosas múltiples bujías
de las noches de orgías
han apagado el brillo de tus ojos.

¡No eres, ay, ni la sombras de la amada
carifosa y mimada
que fue la emperatriz de mi mi existencia!
¡No hay siquiera vestigios de la esencia
de aquella flor gentil siempre envidiada!

La profunda extrañeza
de mi tenaz mirada te hizo daño
y, esquiva, el rostro huraño,
abandonaste el sitio con presteza.

¿Te imaginas, acaso,
que aún conservo rencor por tu partida
y que, al ver lo fatal de tu aventura,
haya en mi corazón tanta negrura
que sienta regocijo en tu caída?

Me juzgas con error: hoy que, suicida
de tus galas antiguas, languideces
lentamente y pareces
un cadáver con átomos de vida;
hoy que el hado te hiere

con implacable y singular fiereza,
que aseguran que tienes la tristeza
de un astro melancólico que muere,
vengo, á mi vez, á comparitr la escoria
de tu exceso de goce y de amargura
y, olvidando el final de aquella historia,
tus reproches sin causa y tus agravios,
traigo para tu inmensa desventura
el alma agonizante de ternura
y una estrofa de amores en mis labios.

Noviembre de 1908.

JOSÉ GUILLERMO BATALLA.



Breves consideraciones

*sobre la vida de don Luis de Argote y Góngora,
su tiempo y su obra poética.*

**Estudio literario del señor Guillermo Andreve, leído en la velada
solemne que celebró en el Teatro Nacional el Ateneo de Panamá el
viernes 27 de Noviembre de 1908, á las 8.30 p. m.**

I

Período el más brillante de la literatura castellana, fue ciertamente el comprendido entre la segunda mitad del siglo XVI y casi todo el XVII, ca-
lificado de edad de oro de las letras hispanas y conocido también como el de
los tres Felipes, por los reyes de este nombre que en sucesión continua
ocuparon durante su espacio el trono de Fernando é Isabel. Este período
es notable en la historia no solamente por la cantidad, que fue asombrosa,
de los ingenios que descollaron, sino por la calidad de ellos superior á otra
cualquiera. Bastaríale sin embargo para que el título hubiera de conce-
dérsele en justicia, con hacer gala de escritores y poetas tan notables como
Lope de Vega y Calderón, insignes dramaturgos, soberanos del teatro es-
pañol; Quevedo, el gran humorista; Fray Luis de León y Santa Teresa de
Jesús, gloria del catolicismo y prez de la literatura mística; Juan de Maria-
na y Antonio de Solís, historiadores tal vez no superados por otro alguno en
mucho tiempo; y el muy grande y muy fuerte Príncipe de las Letras, el in-
mortal manco Miguel de Cervantes y Saavedra, varón excelso, superior á
los antes nombrados y á todos, cuyo libro famoso, "Historia del ingenioso
hidalgo don Quijote de la Mancha" es el primero de los humanos, si acepta-
mos la Biblia, según el hábil decir de los ortodoxos, como la obra de una in-
teligencia divina.

Peró al lado de estos notables varones figuraron otros también dignos
de loa. Con Lope de Vega y Calderón reclaman un puesto, siquiera sea por
bajo de ellos, Tirso de Molina, Agustín Moreto, Ruiz de Alarcón y Salas de
Barbadillo que siguieron sus luminosas huellas. Tras las de Cervantes y
Quevedo anduvieron Luis Vélez de Guevara, Mateo Alemán y Gerónimo de
Alcalá, cultivadores de la novela picaresca, creada, ó por lo menos hecha cé-



Señor Don Guillermo Andreve

lebre, por don Diego Hurtado de Mendoza con *Lazarillo de Tormes*, cuya paternidad le niegan hoy día no pocos eruditos. Argensola, Gracián y Antonio Pérez, fueron escritores tan castizos como el mismo Fray Luis de León. Fray Juan de la Cruz y Fray Diego de Yepes imitaron en sus escritos religiosos á la mística Teresa. Y lucieron su ingenio y maestría el divino Fernando de Herrera, que con el atildado y alegre Baltasar de Alcázar compartió la jefatura de la escuela sevillana; Juan de Arguijo, Francisco de Rioja, Francisco de la Torre, Rodrigo Caro y Diego de Saavedra Fajardo, así como Lope de Rueda, patriarca del teatro español y creador del drama popular, que había de llevar luego al mayor esplendor el genio poderoso de Lope de Vega, llamado por Cervantes, en vista de sus cualidades geniales, *monstruo de la naturaleza*.

La poesía épica en este mismo período rayó á la mayor altura que ha alcanzado en España, con la publicación de los siguientes poemas: *La Jerusalem conquistada*, de Lope de Vega, *El Bernardo*, vigoroso brote de la imaginación poderosa de Bernardo de Valbuena, en que los giros atrevidos forman una selva lírica opulenta; *La Creación del Mundo*, del doctor Alonso de Acevedo, insuperable como poeta descriptivo y en el manejo de la octava real afortunado competidor de Pablo de Céspedes; *La Cristiada* del Padre Ojeda, en sus momentos dichosos rival de Milton y de Klopstock, y la *Araucana*, del bravo soldado Alonso de Ercilla, considerado por algunos como inferior, aunque Cervantes piensa que es de los poemas heroicos mejor escritos y la más rica prenda de poesía que tiene España; aunque el humanista Juan de Guzmán llama á Ercilla el Homero español en su Convite de Oradores y aunque Vicente Espinel, el que inventó las espinelas y agregó la quinta cuerda á la guitarra, dice de don Alonso que "en el heroico verso fué el primero que honró á su patria y aun quizá el postrero."

Todo esto vino á ser como una consecuencia de la grandeza que alcanzó España en el siglo XVI, acerca de la cual escribe lo siguiente el muy erudito hispanista conde Adolfo Federico de Shack:

"Quizás no se encuentre en la historia de ninguna nación siglo alguno comparable por sus hazañas y gigantescos esfuerzos con el que acababa de finalizar en España (el XV): una serie no interrumpida de gloriosos hechos la había llevado á la cúspide del poder y de la fama; elevábanse sus trofeos imperecederos en las tres partes del mundo; Nápoles y Milán, las costas africanas y el archipiélago griego, y hasta el asiento de los enemigos de la cristiandad, que habían recibido los golpes más mortales de sus armas, reconocían ya su superioridad; y allende el Océano había sometido países vastísimos, acometiendo empresas audaces, sin ejemplo en la historia. Las exageradas pretensiones de los monarcas españoles no eran sólo palabras ostentosas; ningún otro soberano de Europa poseía dominios tan extensos, ni fuentes tan inagotables de riquezas."

Podría notar alguno que este florecimiento fue solo obra del siglo XVI pero que en el siguiente se inició la decadencia de España como potencia, lo cual es cierto, pero también lo es que la literatura vivió todavía casi un siglo de esplendor y que sobre las ruinas del poderío español lanzó sus últimos reflejos. Era grande la altura conquistada en las letras para que la decadencia de ellas llegara tan rápidamente como la política, y así la obra comenzada por Juan del Encina, Bartolomé de Torres Naharro, Juan Boscán de Almogaver y el dulce Garcilaso á principios del siglo XVI, aun daba sus frutos en 1660 con sor María de Jesús de Agreda, talento varonil y cristiano y Francisco de Rojas Zorrilla autor del célebre drama "Del Rey abajo, ninguno," y terminaba al par que el reinado de los tres Felipes, con todos los esplendores de un ocaso á que prestaban solemne grandeza las producciones de Antonio de Solís y Rivadeneira, dramático é historiador, de Miguel

de Molinos, jesuita fundador del quietismo y literato que, casi desconocido en su patria, formó una revolución profunda en el resto de Europa, y del genio extraordinario, netamente español, de don Pedro Calderón de la Barca, después de Lope de Vega el más grande dramaturgo que cuenta España, y el primero en darle fama en el extranjero.

A este período perteneció y al lado de sus mayores ingenios ocupó puesto principal, un gran poeta, notable por su fecundidad y su riqueza de expresiones y de giros gallardos, no estimados en todo su valor por las actuales generaciones que sólo ven en él al principal corifeo de una escuela temible, ya extinguida, y no al cisne que mejor cantó en las riberas hispanas según la frase de Fernando de Cascales.

Ese poeta, del cual voy á hablaros en seguida, que se convirtió, cual nuevo Luzbel, de ángel de luz en ángel de tinieblas, según el hábil decir del retórico, se llamó don Luis de Góngora y Argote y su nombre y su influencia llenan un largo período de la literatura castellana.

II

Casi al mismo tiempo florecieron Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Góngora, y, suceso notable tratándose de cuatro famosísimos ingenios, vivieron más ó menos la misma edad. Setenta y tres años Lope, sesenta y nueve Cervantes, sesenta y seis Góngora y sesenta y cinco Quevedo. Sostuvieron entre sí rudas polémicas literarias, hubo entre ellos de sembrar su envenenada semilla la discordia y hasta nosotros han llegado los sonetos cáusticos, sátiras y epigramas con que se regalaban.

De todos quien más brava lucha hubo de sostener fue Góngora que halló á los tres restantes siempre unidos en su contra. Pero á él se le dió un ardite de esto, porque su ingenio y facilidad le bastaban para defenderse, ya que después de Quevedo es quien mejor ha dominado la sátira punzante y venenosa en España.

No se juzgue por lo que digo que el gran lírico fuera de natural amargo y violento, pues se andaría quien tal creyera muy lejos de lo real. Era sí, de genio vivo y de ingenio agudo, rápido en la concepción, donairoso en el decir y de tan picante malicia que demostraba á las claras su paisanaje con el gran Marcial, pues nació como él en Córdoba y en la misma calle, por los años de 1561, siendo sus progenitores personas principales y de valía. Hombre versado en derecho, su padre, don Francisco de Argote, fue corregidor de Madrid y otras ciudades y lo era de Córdoba al tiempo del nacimiento del poeta. Su madre, doña Leonor de Góngora, estaba emparentada con la casa ducal de Almodovar y se enorgullecía de su elevada alcurnia. Por esta causa tal vez don Luis usó siempre el apellido materno con antelación al paterno, que ha sido y es debilidad manifiesta, característica de los humanos, hacer ostentación de linajuda estirpe. Góngora estudió derecho en Salamanca con poco éxito y apenas alcanzó el grado de Bachiller. Llevábalo su afición al cultivo de la poesía y dedicaba á las musas la mayor parte de su tiempo. A los quince años era hábil en la esgrima, la música y la danza, que lo seducían y cautivaban más que el Digesto y las Siete Partidas.

Dijimos que dedicaba la mayor parte de su tiempo á las musas. El resto lo consagraba á las bellas, pues tuvo en su juventud no pocos amoríos y aun se cree que abrigó una fuerte pasión por cierta dama de Valencia llamada doña Luisa de Cardona, que luego profesó en un convento de monjas de Toledo y que nunca, parece, correspondió al amor de don Luis, demostrado en los innumerables versos que cantando ilusiones y gimiendo desdenes escribió y que á ella se creen enderezados.

Poco debe sorprender esta propensión al amor en Góngora. No hay quien se atreva á negar que este afecto es inseparable de nuestra naturaleza. Por demás raros y desgraciados son los humanos que no lo han conocido, y me semejan esas plantas marinas que vagan á merced del viento y entre los tumbos de las olas sin arraigar nunca, más desgraciados aun que la triste parietaria que busca apoyo en el vetusto muro. Pero además de esta causa principal coincidían otras en Góngora. Era hijo de Andalucía, la tierra del amor, donde el querer de una dama se disputa con fiereza; donde los celos, pasión formada con llamaradas del infierno, llegan á lo inconcebible, y donde el cariño, como dice el dragón de Alcalá al torero Escamillo en la genial obra de Bizet, se gana á golpe de navaja. Vivió don Luis en una época la más caballeresca de España, en que el amor y la bizarría eran inseparables de todo hidalgo; en que se castigaba la infidelidad no ya cometida sino simplemente sospechada; en que los caballeros amparaban á las damas que á ellos acudían en demanda de auxilio sin tratar de averiguar quiénes eran ni verles el rostro muchas veces. Epoca en que Quevedo hirió de muerte un jueves santo á un hidalgo á la puerta de una iglesia por descortés con una dama y en que el mismo Góngora en más de una ocasión anduvo á cuchilladas por unos ojos de fuego y un cuerpecito serrano. Pero sobre todo, su propensión amorosa se explica con solo considerar que era poeta, pues ¿quiénes deben ser más inclinados al amor, que es el culto de lo bello, que los cantores de la belleza? Una chispa de los cielos dicen que lleva en el alma todo poeta. Como de origen divino prende ella pasión grandiosa por todo lo que es de naturaleza superior. Y yo para mí tengo que las mujeres son ángeles que llenos de bondad abandonan las esferas celestiales por venir aquí á endulzarnos un poco esta vida de tristezas, amarguras y desengaños, que sin su presencia sería negro abismo de locuras y de horror. La atracción de unos ojos hermosos, negros, azules ó pardos; el divino rocío de una voz dulcísima que deja caer sus palabras como un bálsamo para todos los dolores; la nerviosidad que nos produce un pie fino y breve, hecho para pisar sobre alfombras de flores; la influencia magnética de una mano bella como un lirio y los esplendores de una sonrisa que se despliega sobre unos labios de rosa como un pájaro de luz que tiende el vuelo, son algo inexplicable y poderoso, cuyo influjo es irresistible y que nos transporta en un ensueño halagador, á otros mundos de felicidad y de alegría.

No sé si será que yo lleve también alguna partícula de esa chispa dentro del pecho, pero es lo cierto que coloco el amor á la cabeza de todos los afectos y que me explico muy bien el por qué Hércules tejía la rueda á los pies de Onfala, sentado como está que ella fué la primera de las hermosas de su tiempo. Yo, indudablemente, hubiera muerto como Leandro entre las revueltas aguas del Helesponto por cruzar en busca de las caricias de Hero, ó habría contribuído al rapto de la bella Helena por Paris y al de la ninfa Europa por el centauro gallardo. Con el paje galante me habría sumergido en busca del anillo de la princesa en las profundidades del Océano y con Paolo recibiría la muerte en un abrazo de ventura, besando los labios de Francesca de Rimini: que es el amor fuente perenne de la vida y por él desafiamos á cada instante con la sonrisa en los labios y la dicha en el corazón los mayores peligros sin inquietud ni espanto.

Su culto duró en Góngora lo que la juventud, ese divino tesoro que se va para no volver, como dice uno de los grandes poetas modernos de nuestra América. Con la edad viril vino la mesura y, hombre de buenas costumbres, pocos hubo como él en su tiempo, ya que los ingenios de entonces, entre ellos sus grandes émulos Lope de Vega y Quevedo, no se cuidaron mucho del escándalo que provocaban con su conducta desordena-

da. El anduvo por pasos de virtud y abrazó á los cuarenta años el estado eclesiástico.

Nunca le fue próspera la fortuna; y después de una vida toda llena de afanes, murió de un ataque al cerebro en su ciudad natal el día 24^{de} Mayo del año de 1627. Cuentan que ya al morir sus últimas palabras fueron éstas, en las cuales creen algunos encontrar la manifestación de su gran disgusto literario: "Precisamente cuando comenzaba á leer algunas de las primeras letras de mi alfabeto, me llama Dios á sí. Hágase su voluntad!"

III

La censurada innovación que si no fue obra de Góngora por lo menos lo contó como su adalid más esforzado, innovación que conmovió hondamente toda la poesía castellana y formó una revolución sin igual en aquel tiempo, ha hecho que su nombre llegue hasta nosotros en medio de los mayores denuestos, las más acerbas críticas y el desconocimiento, por los que no están profundamente versados en la historia de la literatura castellana, de las muy apreciables producciones de su primera época.

A oscurecer los méritos del gran poeta han contribuído personalidades tan eminentes como el gran crítico inglés Ticknor, como el famoso humanista Pedro de Valencia y como el profundo erudito don Marcelino Menéndez y Pelayo, sin recordar las brillantes cualidades que á este poeta adornaban, las que reconocen otros críticos y eruditos notables como Quintana y Adolfo de Castro, como Ventura Ruiz de Aguilera, Shack y Fitz-Maurice Kelly, y en su tiempo el mismo Lope de Vega, el famoso Francisco de Cascales ya mencionado, Martín de Angulo y Pulgar, el Padre Paravicino, Diego de Saavedra Fajardo, José Pellicér y Tobar, Fray Andrés Ferrer de Valdecebro, Cervantes y Francisco del Villar.

El culteranismo, más conocido por el nombre de gongorismo, de la resonancia que le dió el gran don Luis, lo introdujo en las letras castellanas, tomándolo indudablemente de las itálicas, el poeta-soldado Luis de Carrillo y Sotomayor, que murió joven y cuyas poesías fueron publicadas después en Madrid por un hermano suyo. Carrillo y Sotomayor estuvo en las guerras de Italia y allí se exaltó su temperamento juvenil con la lectura de las obras del caballero Juan Bautista Marini, famoso poeta extranjero cuyos versos obtuvieron en Italia y Francia una celebridad extraordinaria; sobre todo el *Adonis*, gran poema en cuarenta y cinco mil versos que dedicó al rey Luis XIII pocos años antes de morir.

Como lo define un distinguido crítico, el culteranismo es el vicio de la forma; la exuberancia de elementos pintorescos y musicales le da vida y el lujo y la pompa de la dicción, regocijo. Góngora lo adoptó y extendió con su notable ingenio en oposición al conceptismo en que se perdieron Quevedo y Gracián por agudeza escolástica y sutileza de ingenio, pues que esta escuela busca relaciones que no existen ni remotamente entre lo objetivo y lo subjetivo retorciendo y alambicando las ideas.

No voy á defender el culteranismo ni es ese mi objeto. Pero sí diré que es vana tarea pretender negar que en brazos de Góngora creció robusto y que si todos los discípulos hubieran tenido el vigor del maestro, como lo tuvo el famoso conde de Villamediana, rival afortunado de Felipe IV en los amores de una reina, amores que pagó con la vida, hubiera cambiado por completo la faz de la literatura española. Pero cómo negar esto, si aun no siendo así, bien sabido es que ejerció influencia poderosa en todos los ingenios, y hasta en sus mayores adversarios? Cervantes aplaudió el *Poli-femo* á su aparición; Tirso de Molina en *Los tres maridos burlados* muestra su excesivo culteranismo; Calderón de la Barca, lo exhibe en numerosas comedias;

Lope de Vega al fin de su vida cae también en sus redes; Pérez de Montalbán, el primero que llevó á la escena *Los amantes de Teruel* era culterano; Rojas Zorrilla, un notable dramaturgo, se inclina y mucho á imitar los modos de Góngora, como acontece en *Los encantos de Medea*; el mismo Quevedo no se libra de su influjo y hasta Jáuregui, el impugnador de mayor mérito de que se hace cuenta, resulta culterano en la traducción de su *Farsalia*, como puede probárcalo esta sola estrofa que copio en seguida:

“En tanta majestad mi afecto espera,
Que te permitas invocado Apolo,
Pues como cuarto rey en cuarta esfera
Eres el universo, el sol y el solo,
Y planeta del austro te venera
El austral uniforme y nuestro polo;
Si bien temo que á luces de tus cielos
Sublimes alas debiliten vuelos.”

Pero no se crea que el gongorismo en Góngora es solamente la locura de la forma, la exhibición de frases sin sentido amontonadas al capricho, de giros extravagantes y de palabras rebuscadas. No: hay versos en las *Soledades* y en el *Polifemo*, las obras en que más se muestra su influencia, llenos de bellezas, como los siguientes, que cita el erudito don Adolfo de Castro.

“Oh bella Galatea más suave
que los claveles que tronchó la aurora,
blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora!

Pastor soy, mas tan rico de ganados,
que los valles impido más vacíos,
los cerros desparezco levantados
y los raudales seco de los ríos.

iguales
en número á mis bienes son mis males.
Sentado, á la alta palma no perdona
su dulce fruto mi robusta mano;
en pie, sombra capaz es mi persona
de innumerables vacas el verano.
¿Qué mucho si de nubes se corona,
por igualarme, esta montaña en vano,
y en los cielos desde esta roca puedo
escribir mis desdichas con el dedo?”

Tal el canto de Polifemo á Galatea. No más bella pintura puede hacerse del desgraciado gigante que la ejecutada por él mismo en los hermosos versos arriba citados.

La sorpresa de Acis, cuando Galatea llega á su lado quedamente, tan quedo que por no despertarlo, aun “el dulce estruendo del lento arroyo enmudecer querría,” está pintada de mano maestra, así como su gozo y sufrimiento al ver tan cerca una visión tan bella, en estas estrofas:

“El sueño de sus miembros sacudido,
gallardo el joven su persona ostenta
y al marfil luego de sus pies rendido
el coturno besar dorado intenta;

menos ofende el rayo prevenido
al marinero, menos la tormenta
prevista le turbó ó pronosticada;
Galatea lo diga, salteada.

Más agradable, menos zahareña,
al mancebo levanta venturoso,
dulce ya concediéndole y risueña
pases no al sueño, treguas sí al reposo;

lo cóncavo hacía de una peña
á un fresco sitial dosel umbroso,
y verdes celosías unas hiedras
trepando troncos y abrazando piedras.

El ronco anillo al joven solicita;
mas con desvíos Galatea suaves
á su audacia los términos limita
y el aplauso al concento de las aves;

entre las ondas y la fruta imita
Acis al siempre ayuno en penas graves;
que en tanta gloria infierno son no breve,
fugitivo cristal, pomos de nieve.”

Basta con estos ejemplos. Para concluir con lo que se refiere á la ya extinguida escuela, que muchos creen ha ejercido hondo influjo en el modernismo, aunque sin fijar los límites de esta influencia, os diré que á pesar de todos sus defectos enriqueció la lengua con bellos giros y donairozas expresiones, que cuidadosamente descartadas merecen sincero aplauso.

IV

“Góngora, dice un excelente escritor del siglo pasado, en mi opinión, ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estro poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito. Indudablemente es el primero de los poetas españoles. Ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en ingenio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado de la razón, tiene rasgos más sublimes y más brillante colorido poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados más por el nombre y el odio antiguos que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarían á los poetas más famosos de cualquiera de los siglos, de cualquiera de las naciones”.

Tal creo yo á mi vez, y agrego que el apasionamiento ha ido tan lejos, que ha llegado hasta relegar al olvido los romances y letrillas de quien fué Príncipe sin rival en esta clase de poesía. Citar á Góngora, no sólo entre gente ignara y analfabeta, sino entre personas de mediana educación es provocar sonrisas equívocas; hacer elogios de su obra poética, equivale á desencadenar una tormenta, y sostener que él es uno de los más brillantes poetas del Parnaso español, rico de imaginación, lleno de colorido y de viveza, con estro poético vigoroso y fácil, bien podría motivar una excomunión literaria de parte de los filisteos y crear el vacío en derredor de quien tal sustentara.